

SMITH, Peter H., *Labyrinths of power*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1979, XVI y 384 pp.

La añadidura de Ciencia Política como materia obligatoria, al Plan de Estudios de esta Facultad, ilustra, una vez más, la tendencia hacia la interdisciplinarietà que observamos en estos decenios. Para la cátedra del Derecho constitucional, desde luego, ya no basta una explicación exegética de la Constitución, y resulta que ni siquiera la añadidura de la materia de Teoría General del Estado es suficiente. Además, en vista de la canalización de muchos de nuestros alumnos hacia el sector público, algo de politología en nuestras aulas parece aconsejable. Así, por varias razones, la apertura de lo jurídico hacia lo político se ensancha cada vez más: el derecho ya no insiste en aquel "aislamiento espléndido" que era característico durante el siglo pasado. Por lo tanto, en una Revista como ésta, una reseña de un libro como el presente ya no está fuera de lugar: para nuestros alumnos y para los profesores de las diversas ramas del derecho público las obras culminantes que en estos años se publican sobre el fondo político de México son relevantes.

Después de haber estado en el Colegio de México en calidad de investigador visitante (1969-70), Peter Smith, actualmente catedrático en Wisconsin, para muchos de nosotros no es un desconocido, pero aunque lo fuera, cualquier interesado en la política mexicana se sentiría inclinado a comprar una obra sobre la composición de la élite política de México, publicada por la prestigiada Princeton University Press Y no arrepentiría su compra.

La intención del autor es la de determinar qué debemos entender por élite política mexicana, y de buscar luego respecto de los que entren en este concepto, diversos datos interesantes (fondo familiar, educación, relación de parentesco o amistad con otros políticos, puestos desempeñados, etcétera), desde 1900 hasta 1976, para luego tratar estos datos con la moderna técnica cibernética y someterlos a un análisis estadístico-matemático.

El resultado, a grandes líneas, para muchos conocedores quizás no presenta sorpresas mayores, pero ayuda a precisar cuantitativamente lo que, en forma impresionista, el observador ya más o menos sospechaba; y en cuanto a varios detalles, ofrece algunos rasgos novedosos. Ayuda a determinar con mayor precisión cuál es el fondo sociológico de quienes en México han tenido y tienen acceso al poder, y cuál habrá sido su estrategia para alcanzar metas; también señala concretamente

cuáles han sido los cambios aportados por la Revolución y desde la Revolución, en cuanto al reclutamiento de la élite política.

Para el concepto de "élite", Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto y Robert Michels han proporcionado las ideas fundamentales, que desde luego, reciben ahora algunos afinamientos. Para los datos biográficos, el autor recurrió a diccionarios biográficos, la prensa, documentos oficiales, archivos, libros e inclusive una encuesta por correo, a 300 políticos (de los cuales recibió la sorprendente cantidad de 80 contestaciones: 79 más de lo que un amigo mexicano había profetizado). Resultó relevante distribuir a los más de 6,000 políticos de élite entre tres "cohortes", la prerevolucionaria (hasta 1911), la revolucionaria (1917-1940) y la postrevolucionaria (término no muy feliz), selección detalladamente justificada en pp. 18-25.

Después de un breve panorama histórico, con acento sobre la evolución sociológico-política (pp. 28-49) el autor justifica la inclusión de México en la categoría de "estados autoritarios", de la clasificación propuesta por Juan Linz en relación con su análisis de la España franquista (este autor propuso, hace ya unos diez años, la división tripartita de estados democráticos, totalitarios y autorizados, caracterizando esta última categoría por un pluralismo limitado, sin ideología firme pero con —en lugar de ella— una determinante "mentalidad" de un jefe; sin importante movilización política y con ejercicio del poder de la élite dentro de límites, formalmente mal definidos pero, en realidad, bastante predecibles).

Smith considera a México como caso bastante típico de un estado autoritario y justifica esta opinión ampliamente en las pp. 52 a 62.

Luego comienza, a partir del capítulo 3, el resultado del análisis efectuado: el autor primero llama la atención sobre el continuismo sociológico de la élite antes, durante y después de la Revolución: la fuente principal sigue siendo la clase media, y la Revolución sólo tuvo el efecto de disminuir el impacto de la clase superior y de trasladar el acento hacia aquellos sectores de la clase que bajo el porfiriato habían quedado un poco en la sombra, además de hacer un viraje de la clase media urbana hacia la rural, y, además, hacia el norte (sobre todo Sonora). En la cohorte posterior a 1904, el acento tiende a regresar al ambiente urbano. En la actualidad, comparando con la élite porfirista, el grupo en el poder muestra como principales diferencias, una diferente estructura por edades con mayor tendencia hacia la juventud, un menor contingente de la clase superior y un papel distinto del grupo militar. Por lo demás, hay grandes semejanzas en cuanto al origen mesoclasista, el fondo urbano, la buena educación y el alto porcentaje de juristas y profesores. En el cuarto capítulo, el autor demuestra que el fondo social es importante para tener acceso a la élite política, pero que, una vez aceptado, el individuo dependerá de otros factores para continuar subiendo: en otras palabras, el buen fondo social ayuda para

entrar, pero es indiferente para subir. Interesantes son los capítulos quinto y sexto, en los cuales Smith demuestra cómo, desde la Revolución, la carrera política se compone de una sucesión generalmente rápida de varios puestos, desligados entre ellos, sin especialización, sin permanencia con un alto grado de improvisación e imprevisibilidad.

Después de dedicar 190 páginas al reclutamiento para la "élite del poder", el autor dedica su séptimo capítulo a la cuestión de saber si tal élite realmente existe: si no se trata de una disfrazada élite económica. Analizando in abstracto varios patrones posibles en relación con las élites nacionales, el autor luego aporta los datos concretos para decidir cuál es exactamente el caso de México. En opinión de Smith, México tiene una estructura de poder fragmentada, dominada, en una cúspide bifurcada por dos élites distintas, en competencia entre ellas, con muy pocos cambios de una pirámide hacia otra: la élite de los negocios y la de la política. Apunta hacia la existencia de un autónomo interés, del estado que domina la vida de los que pertenezcan a la élite política, con la afortunada circunstancia de que, lo que hasta ahora convenía al interés del estado, generalmente ha sido también favorable a la élite de los negocios, aunque, desde hace algunos años, un ambiente de fricción y desconfianza ha surgido entre ambos grupos. El octavo capítulo analiza el papel del PRI y de las legislaturas, con explicación de la curiosa predominación parlamentaria del Sector *Popular* del PRI. Divertido, aunque evidentemente lleno de simplificaciones, es el noveno capítulo: "Las Reglas del Juego", que podría describirse como los consejos que un sabio e informado padre hubiera dado en 1940 a un hijo con ambiciones políticas: son el resultado de lo que la computadora indica como elementos de éxito para la carrera política de la tercera "cohorte", sin que se pueda garantizar que todos estos elementos perduren como factores de éxito en el México de hoy.

Estos consejos incluyen el de escoger una carrera universitaria, de preferencia en la UNAM; registrarse en el PRI —aunque muchos miembros de la élite del poder nunca obtuvieron un puesto alto en el PRI (algo que separa a México de otros casos de estados autoritarios); de tomar cualquier puesto público, por modesto que fuera, y más temprano mejor ("la política en México no es un juego de ancianos: hay poco tiempo y es mejor comenazr temprano") y de acumular datos sobre políticos (un buen político en México es una persona que recuerda mucho respecto de otros políticos —inclusive cosas que nunca sucedieron, aunque sean de fama pública—), de aceptar un puesto en la Capital, aunque pareciera de menor categoría que otro puesto ofrecido en la Provincia, y de comenzar a formar una red de amistades (el autor menciona un estudio de M. Grindle, del que resulta que ninguno de los funcionarios superiores de Conasupo obtuvo su puesto sin "palanca", y que en los puestos medianos sólo 20% logró entrar sin tal recomendación).

También sería un buen consejo aprovechar al máximo las ligas de

familia, incluyendo los compadrazgos (en p. 301 el autor informa detalladamente sobre la importancia de ligas de familia alrededor de la Presidencia), y, desde luego, afiliarse con algún líder que no necesariamente esté arriba, pero que *va* para arriba. También figura el consejo de no hacerse enemigos y de tratar finamente a los subordinados: con la imprevisibilidad de las carreras políticas, cualquier subordinado de pronto podrá sobrepasar a uno. El padre también hubiera recomendado al hijo no causar problemas, no hacer declaraciones públicas controvertidas, adornar cada declaración inevitable con la simbología consagrada (referencias a la Constitución, Madero, Zapata, Cárdenas, etcétera), y llamar la atención, no del público, sino de los superiores, por vía interna.

El sabio progenitor también hubiera dicho al hijo, en 1940, que no sería necesario gastar mucho tiempo en la oficina: sería mejor usar el tiempo para fines sociales; pero en momentos de emergencia habría que trabajar rápidamente y bien. En caso de derrota, desde luego, hay que aceptar la desgracia con resignación y quedarse esperando "disciplinariamente" hasta que cambie la mala constelación, sin llamar la atención del público. Además, por la posiblemente breve duración de la carrera, el cínico padre quizás habría añadido el consejo de formarse lo más pronto posible una reserva financiera. . .

Después de una objetiva reseña de los acontecimientos que acompañaron el cambio del régimen de Echeverría al de López Portillo, siguen tres apéndices, de los cuales los dos primeros son de especial interés para el lector académico. Estos versan sobre la definición del concepto de "élite política", y el problema de medir concretamente el concepto de "continuismo y cambio" dentro de tal élite (el tercero consiste en datos sobre el fondo social y educacional de los diputados de las sesiones de 1964-67 y 1970-73). Una bibliografía razonada e índice alfabético termina esta obra, que, además, es ilustrada mediante diversas tablas, gráficas y estadísticas, y amenizada por una acertada selección de agudas caricaturas políticas que, afortunadamente, abundan en nuestro medio.

Por el doctor Guillermo Floris MARGADANT S.
Profesor de la Facultad de Derecho de la
UNAM.